

Avatares de lo político y la política en Colombia.
A propósito de *La ciencia política en Colombia. ¿Una disciplina en institucionalización?**

Adolfo León Maya Salazar

Universidad EAFIT, Medellín
amayasa@eafit.edu.co

“Avatares”, palabra no referenciada en el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, es la que mejor se me antoja para aprehender las vicisitudes epistemológicas, disciplinares, organizacionales y profesionales que entraña la pregunta sobre lo político y la política en Colombia expuestas en el libro, *La Ciencia Política en Colombia: ¿una disciplina en institucionalización?*

Las preguntas no son extrañas en el amplio y complejo mundo de las ciencias. Si bien la que guía este libro se circunscribe al ámbito nacional colombiano, desde los años setenta en el siglo XX, circulan con mayor notoriedad interrogantes en torno a la historiografía del siglo y en buena medida la política y lo político se han constituido en uno de los ejes de mayor referencia para comprender el carácter y los alcances de los cambios en las sociedades, las culturas y las naciones contemporáneas. Es desde hace cuatro décadas aproximadamente que la historiografía política va inscribirse en los campos de la reflexión académica de las ciencias sociales. Jacques Le Goff, el célebre pensador francés de la Escuela de los Annales, lo dejó planteado en 1972 en un ensayo titulado “¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?”. Esta pregunta se articula con la pregunta que atraviesa este libro a manera de memoria académica del Primer Encuentro de Facultades y Programas de Ciencia Política, organizado por la Asociación Colombiana de Ciencias Políticas (ACCPOL).

La pregunta central del libro se dirige hacia los avatares de la institucionalización de la disciplina en el país. En esta perspectiva,

* Santiago Leyva Botero (ed.) (2013) *La ciencia política en Colombia. ¿Una disciplina en institucionalización?* Medellín: Universidad EAFIT – ACCPOL – Colciencias.

Santiago Leyva Botero, Editor de esta publicación, califica de “fundamental” esta reflexión para la disciplina en Colombia, desde una doble vía: De un lado, respecto a otras disciplinas que gozan de un estatus científico, teórico e investigativo definido y autónomo, y, de otro lado, respecto a otras comunidades científicas nacionales e internacionales en donde la Ciencia Política ya ha recorrido un camino importante y se ha incorporado en el corpus social y cultural de ellas. Ahora, centrando la atención en las singularidades del proceso vivido en Colombia por la disciplina y el saber político académico, se hace más corto el recorrido si tenemos en cuenta que en el curso de las dos últimas décadas la disciplina se incorporó de una manera “no orgánica” a las instituciones universitarias- principalmente en las universidades privadas-, sobre todo por la manera acelerada y rápida, si tenemos en cuenta el salto cuantitativo de pasar de tener dos programas de pregrado en 1993 a 32 en el año 2011.

Sin duda, este giro creo un escenario muy llamativo por las reflexiones que suscita, al menos en dos vías: Primero, la relación entre el contexto socio político y económico de país y la expansión evidente de programas en torno a lo político y la política en Colombia. Aquí, bien valdría la pena pensar en, ¿ cómo incidieron las condiciones socio políticas de Colombia después de la Asamblea Nacional Constituyente que aprobó la constitución política de Colombia en el año 1991 y el aumento de la oferta de programas, maestrías, investigaciones, revistas y egresados en el país?

Paralelamente, emerge otra pregunta asociada a una preocupación sobre el rigor y la formación politológica de las instituciones y los docentes que encararon esta “explosión” de programas de Ciencias Políticas en Colombia. En esta línea vale la pena recordar el llamado que hacen los profesores Rodrigo Lozada L. y Andrés Casas Casas, cuando expresan que: “sin embargo, estar en auge puede ser peligroso si no funciona el mecanismo de autocontención propio del ejercicio disciplinar a nivel de pregrado y posgrado y si, además, los programas no respaldan sus contenidos con una oferta de calidad. Las asociaciones, los institutos de investigación y las revistas deben velar por potenciar el beneficio grupal a través de la crítica anónima por parte de los pares en la disciplina y por la constante autoevaluación”. (Lozada, 295: 2008).

En consecuencia, este libro tiene una apuesta particular por comprender las singularidades de los procesos de institucionaliza-

ción de la disciplina política en Colombia, reconociéndolos como “un proceso de formación de instituciones” y como un proyecto colectivo aún por consolidar en Colombia”.

En tal sentido, el libro está estructurado en cinco grandes apartados. Todos ellos con el norte analítico del estado de la ciencia política cruzando una mirada entre el estado de la disciplina y sus historias particularmente vividas desde las regiones.

El primer apartado se mueve en los terrenos de la ciencia política en Colombia. Profesores de la universidad EAFIT, Universidad del Valle y Universidad del Cauca, presentan el desarrollo de la disciplina en el País, a través de la literatura sobre su institucionalización. El grupo de docentes de EAFIT destacan fundamentalmente que “existen dos grandes perspectivas en el análisis del estado actual de la disciplina de la ciencia política: La perspectiva optimista o “whig”, y la perspectiva escéptica o crítica”. Agregan adicionalmente que, “ambas se reflejan en los planos internacional, regional y nacional, con diversos matices y particularidades propias de cada entorno.(Fortou, 51: 2012). Sin embargo, en el plano nacional, subrayan el nivel de actualidad de esta por la expansión regional de programas de formación profesional, tanto de pregrado como de posgrado. La descentralización que advierten es celebrada por unos y en otros de manera crítica plantean la discusión sobre si la ciencia política colombiana se ha “americanizado” o no.

En este primer campo de reflexión el docente de la Universidad del Valle, Javier Duque Daza, historiza la enseñanza de la disciplina visualizando tres grandes momentos: Los inicios, 1968 – 1989; la expansión 1990 – 1999; y, la proliferación y fortalecimiento, 2001 – 2012. En esta ponencia Duque Daza concluye que “en los análisis de la disciplina en América Latina, Colombia suele ubicarse entre los países que presentan un nivel intermedio de desarrollo (junto con Chile, Costa Rica, Uruguay y Venezuela). Respecto a los tres en los cuales la disciplina se ha consolidado (México, Brasil y Argentina) y al resto del Subcontinente en donde la disciplina en donde la disciplina está más rezagada. (Duque, 96: 2012).

Y, para cerrar este vértice de estudio sobre las condiciones de la ciencia política en Colombia, José Enrique Urreste Campo, de la Universidad del Cauca, elabora un concepto de politología que incluye a la filosofía política. En él expone el debate que se da entre el conductismo, ciencia política empírica o ciencia política usame-

ricana y la filosofía política. Concluye que este dualismo no se ha superado en Colombia tal y como se desprende del diseño curricular de los diferentes programas de la disciplina en el País. Pero superable con “la formación de la academias de politólogos colombianos que asisten a los eventos de la disciplina y encuentran espacios de publicación para conversar entre ellos en torno al café que une a las diversas mesas separadas de la ciencia política”. (Arreste, 121: 2012).

En el segundo apartado de este libro se diserta en torno a las historias regionales de la disciplina, el foco de atención se concentra en el norte, en el Caribe colombiano y en el sur, en Cali. Respecto a la primera región, Carlos E. Guzmán, plantea cuatro proposiciones para ser tomadas como el “libro blanco” de la comunidad politológica colombiana. En su orden sugiere que es inocua la discusión frente al origen norteamericano o europeo de la disciplina en Colombia y a reglón seguido agrega que la ciencia política en el ámbito nacional es resultado institucional de quienes a instancias de ella estuvieron “impregnados por la influencia de uno u otra escuela”. Adicionalmente propone que “lo que nos debe mover es la necesidad de anudar esfuerzos para que no hablemos de ciencia política regional, sino colombiana, sin más”. Y finaliza proponiendo un uso común de herramientas en la periferia como en el centro del país que hagan más eficiente la intervención de la academia en el estudio sistemático de los problemas políticos de la nación. Y respecto a la región del Valle del Cauca, los profesores Juan Pablo Milanese y Juan José Fernández, sugieren que el panorama de la disciplina en Cali no parecería ser muy distinto al que se puede identificar nacionalmente de afianzamiento disciplinar.

En el tercer apartado, el libro, *La Ciencia Política en Colombia: ¿Una disciplina en institucionalización?*, evalúa el componente de la enseñanza de la ciencia política en los pregrados. Allí, los profesores de EAFIT, José Antonio Fortou, Santiago Leyva, Andrés Preciado y Maria Fernanda Ramírez; proponen un estudio estadístico descriptivo de 935 cursos de ciencia política en 28 pregrados del país. Adicionalmente reseñan la evaluación de la información pública registrada en SNIES y las páginas web de las diferentes universidades. De este estudio, los profesores Eafitenses, derivan dos conclusiones y unos interrogantes adicionales. Respecto a lo primero señalan: La disciplina en Colombia recibe denominaciones diversas, diez (10) distintas, entre los treinta y dos (32) programas existentes, frente

a ello se preguntan, ¿son estas múltiples denominaciones y ubicaciones geográficas, expresiones de propuestas disciplinares alternas? De lo anterior derivan a su vez otra conclusión en el sentido que, “existen hoy apuestas diferenciadas: Bogotá se orienta hacia el gobierno, la comunicación y las relaciones internacionales, mientras las regiones se orientan hacia la teoría política normativa”.

Finalmente, los politólogos de EAFIT, dejan expresas varias inquietudes e interrogantes. Una está relacionada con los retos y oportunidades derivados del acelerado proceso de crecimiento que ha experimentado la ciencia política en las dos últimas décadas. En este sentido, propenden por, “empezar a tener estándares comunes y para que los programas se pregunten por los contenidos mínimos que deben cubrir para poder cumplir con la denominación que prometen”. (Fortou, 184: 2012). Y respecto a ACCPOL, la sugieren como la líder de los procesos de institucionalización disciplinar, estandarización académica, cooperación y trabajo en red entre programas e inserción internacional.

Uno de los campos de mayor preocupación sobre los avatares por la institucionalización de la disciplina es el referido a la investigación en ciencia política en Colombia. Este es el cuarto apartado del libro que recoge las memorias del Primer Encuentro de Facultades y Programas de Ciencia Política, organizado por la Asociación Colombiana de Ciencia Política. En él son los profesores de este programa de la Universidad Pontificia Bolivariana, quienes de partida señalan que, “la ciencia política en Colombia se ve hoy afectada por la globalización y las tecnologías de la información, porque generan desafíos al modificar las prácticas tradicionales sobre las cuales se realizan la gestión editorial, el control y visibilidad de las revistas a partir de múltiples canales de difusión”. (Cardona, 219: 2012). Estos profesores destacan, entre otros aspectos, que la productividad en las publicaciones en el área ha venido tomando fuerza durante la última década. Tomando en cuenta dos de las bases de datos académicas del mundo en la actualidad. En Scopus, puntualmente se puede constatar un incremento ostensible de la producción científica. Allí aparece que entre el 2002 y el 2011, se pasó de publicar 200 artículos científicos a 1000. Cifras que según estos docentes de la Bolivariana, significan que “la disciplina avanza a nivel mundial porque reivindica su autonomía y fortalecimiento con respecto al resto de la ciencias sociales con las cuales se relaciona”. (Cardona,

233: 2012). Igualmente señalan a la base de datos ISI, en la que también es notorio el incremento de la producción de publicaciones indexadas y citadas de politólogos o sobre la ciencia política.

El otro vértice importante referido a la investigación es el de los grupos de investigación en ciencia política. Sobre ello referencian a los grupos de investigación y reconocen un total de 82 grupos con sus distintas categorías ante Colciencias en el país. Siendo los de categoría A el 10% de ellos; A1 el 11%; B el 12%; C el 18%; sin categoría el 20% y D el 29%. Estos últimos son la mayoría teniendo en cuenta que son aquellos que tienen entre 0 y 1 año de existencia. Y terminan haciendo un llamado a superar la insularidad a través del trabajo colaborativo y aprovechamiento de las fortalezas de los otros, “la internacionalización de la disciplina ha dependido más de esfuerzos individuales, aislados y esporádicos, por lo que este se convierte en uno de los principales retos”. (Cardona, 266: 2012).

Para el cierre, este libro encara la reflexión sobre el papel que tienen las comunidades académicas en la generación de asociaciones y en el fortalecimiento de la disciplina. La profesora y el consultor, Nathalie Méndez M. y Andrés Casas Casas, ofrecen algunas recomendaciones para los “incipientes procesos de institucionalización de la disciplina que se están dando a nivel nacional, regional y local”. (Casas, 271: 2012). La profesora de la Pontificia Universidad Javeriana y el consultor independiente, destacan la importancia de las organizaciones de politólogos en la institucionalización de la disciplina alrededor del mundo, resaltando que, “los casos más exitosos en el avance del conocimiento científico coinciden con complejos procesos de acción colectiva orientados a la construcción de asociaciones”. Ellos, a partir de un análisis comparado, identifican tendencias cuantitativas y cualitativas para entender la evolución y desarrollo de las asociaciones estudiadas. Este análisis lo hacen desde la hipótesis que cruza las reflexiones disciplinares sobre la ciencia política en Colombia: “El significado de construir una disciplina en ciencia política implica un conjunto de procesos y niveles relativos a la formación de instituciones”. Concluyen que “para superar las vicisitudes de la disciplina se debe contar con asociaciones con un buen diseño institucional capaz de combinar altos estándares de calidad disciplinar en los currículum de los programas, consolidar mecanismos de autocontención que promuevan un núcleo común de temáticas abiertas al diálogo interdisciplinar, fomentar la formación

y actualización de los profesionales de la disciplina para que cada vez sean más competentes dentro de la ciencia política e instituciones académicas que rescaten el sentido de comunidad y la consolidación de espacios de interacción entre académicos y actores interesados en la solución de problemáticas socialmente relevantes”. (Casas, 284: 2012).

La Asociación ha logrado materializar un buen texto sobre los recorridos, las dificultades y los logros teóricos y metodológicos de la Ciencia política en Colombia, evaluación que no se quedó en lo endogámico sino que lo trascendió al plano regional suramericano al cruzarlo con la vista panorámica de las asociaciones en el Cono Sur. En este sentido invitó al profesor uruguayo, Daniel Chasqueti, quien destaca la creación de las Asociaciones académico-profesionales como una “novedad” en América Latina en la última década, aunque las vicisitudes propias de estos procesos no hayan concluido 